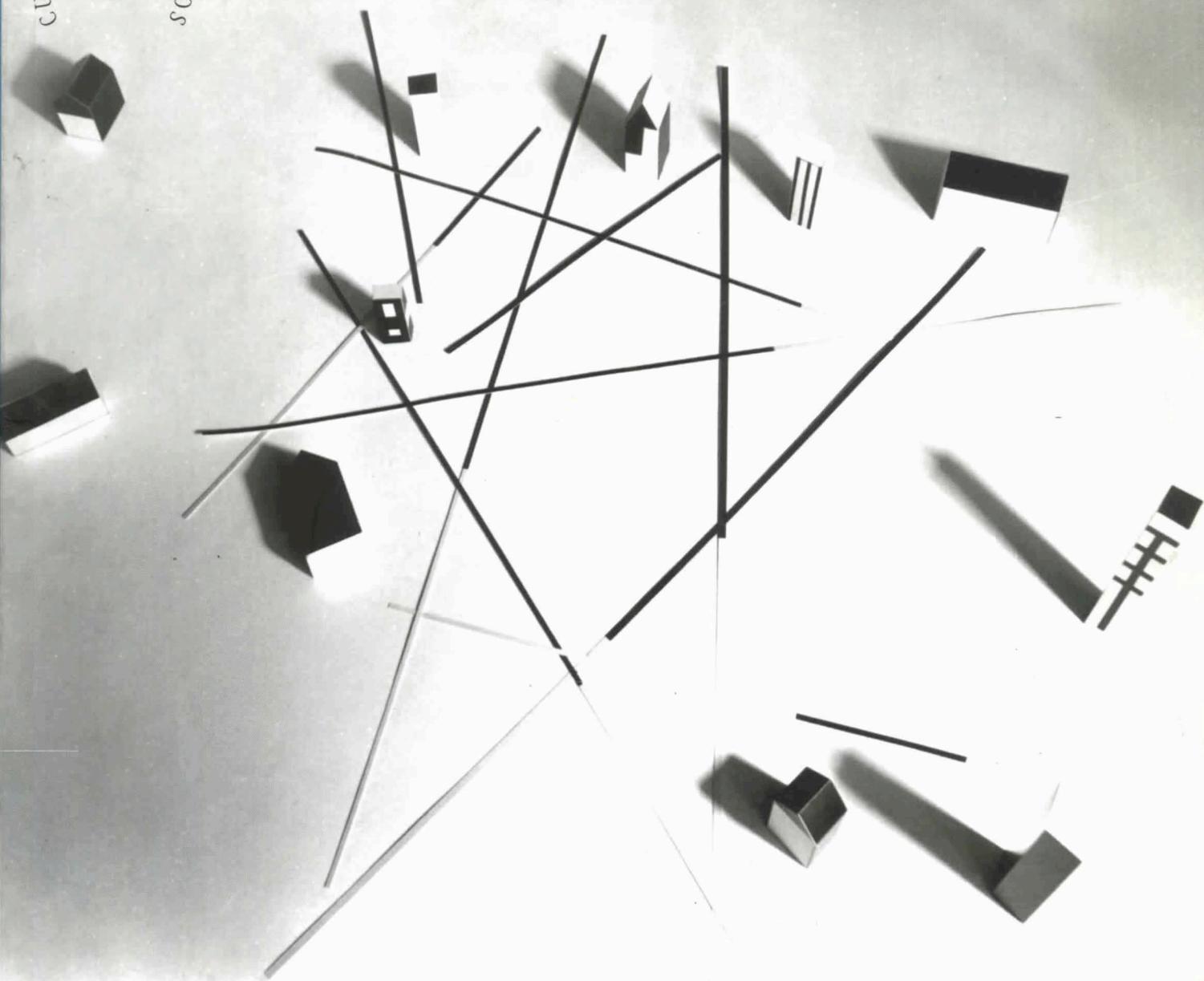


CUADERNOS TEMATICOS
2



Universidad de Bogotá
Jorge Tadeo Lozano

Arte y Ciudad

Facultad de Bellas Artes

Arte y Ciudad



FUNDACIÓN UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ
JORGE TADEO LOZANO

Cuadernos temáticos de Bellas Artes

© FUNDACIÓN UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ JORGE TADEO LOZANO 1998

RECTOR

Evaristo Obregón

VICERRECTOR ACADÉMICO

Juan Manuel Caballero

DIRECTOR EDITORIAL

Alfonso Velasco

DECANA DE ÁREA DE ARTE, DISEÑO Y COMUNICACIONES

Anita de Jacobini

DECANA FACULTAD DE BELLAS ARTES

Natalia Gutiérrez

ADMINISTRADOR DOCENTE

Manuel Santana

COMITÉ EDITORIAL DE LA FACULTAD DE BELLAS ARTES

Javier Gil, Natalia Gutiérrez
y Manuel Santana

DISEÑO DE CARÁTULA

Comité Editorial

Ilustraciones del cuadernillo obra del maestro Rafael Ortiz

CORRECCIÓN DE ESTILO

Andrés M. Londoño

ISBN 958-9029-16-7

“LA CIUDAD ENTRE MEDIOS Y MIEDOS”

Por: *Jesús Martín Barbero*

Publicado en Gaceta

Edición 8, Agosto-Septiembre 1990

“REDES, NODOS Y COMPORTAMIENTOS”

Por: *Juan Carlos Pérgolis*

Publicado en el Magazín dominical de El Espectador

No. 708, Diciembre 8 de 1996

“DESEO Y ESTÉTICA DEL FRAGMENTO EN LA CIUDAD COLOMBIANA”

Por: *Juan Carlos Pérgolis*

Publicado en el Magazín dominical de El Espectador

No. 636, Julio 23 de 1995

CONFERENCIA: “ARTE PÚBLICO”

Por: *Javier Maderuelo*

Festival Internacional de Arte

Encuentro de críticos, arquitectos y urbanistas
Arte y Ciudad

Medellín, Junio 10 al 13 de 1997

“SITUACIÓN POSTMODERNA DEL ORNAMENTO Y EL MONUMENTO”

Por: *Jaime Xibillé*

Publicado en “La situación postmoderna del Arte Urbano”

Fondo editorial

Universidad Nacional de Colombia, Medellín

Universidad Pontificia Bolivariana - Editorial

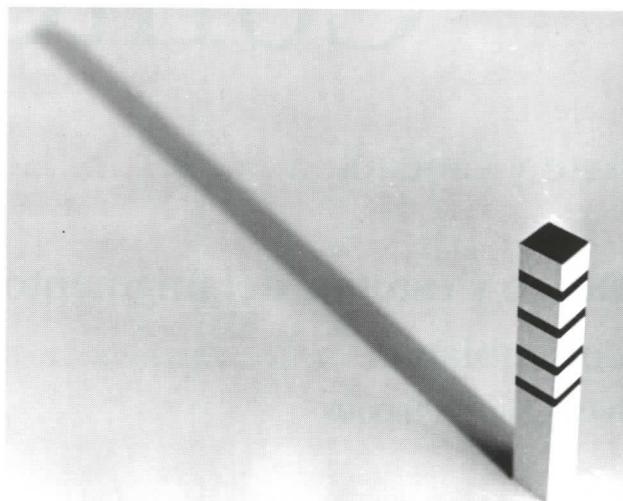
Julio 1995

Contenido

Arte y Ciudad.....	4
Deseo y estética del fragmento en la ciudad colombiana.....	7
JUAN CARLOS PÉRGOLIS	
Redes, nodos y comportamientos.....	17
JUAN CARLOS PÉRGOLIS	
La ciudad entre medios y miedos.....	25
JESÚS MARTÍN BARBERO	
El arte público.....	31
JAVIER MADERUELO	
El retorno del monumento en los años 80, identidad y memoria cultural.....	37
JAIME XIBILLE	

ARTE Y CIUDAD

Es evidente que hoy se plantea un encuentro más tenso, complejo y dinámico entre arte y ciudad. De la simple relación que establecía el monumento artístico con lo urbano nos desplazamos progresivamente a un vínculo donde esos dos polos se inquietan mutuamente y de formas sorprendentes e impredecibles. La misma transformación de la ciudad, su fragmentación, su despliegue tecnológico, su creciente entropía, necesariamente replantean la mirada del problema. Hoy se habla de telépolis, de ciudad virtual, autopistas de información, de resurgimiento de lo tribal al interior de las grandes ciudades. Todos estos giros invitan a repensar la reflexión del lugar del arte en la ciudad. El presente *Cuaderno de Arte* intenta abordar tales problemas mediante una recopilación de artículos y ensayos que plantean el desarrollo, evolución y posibles proyecciones del tema.



El texto de Jaime Xibillé, extraído del último capítulo de su libro: *Situación postmoderna del arte urbano*, discute los permanentes cambios producidos en las relaciones entre arte y ciudad. Inicialmente los movimientos generados en el contexto de los postulados modernistas y, posteriormente, los virajes señalados por la denominada cultura postmoderna. De un nexos fuerte entre arquitectura y tradición nos conduce a la puesta en crisis de los grandes sentidos globales, homogéneos, estables y unitarios. El profesor Xibillé hace ese recorrido puntualizando que la cultura actual tendería a un momento alegórico, hecho de fragmentos, despojos y destrozados. Mundo desacralizado, sin significados fuertes, cargado de significantes aislados e incoherentes, sin continuidad espacio-temporal.

Al interior de estas explicaciones rescata algunas categorías contemporáneas dando pistas para repensar la interacción entre lo artístico y lo urbano. Los conceptos de “escultura social” (Beuys), “campo expandido de la escultura” (Krauss), “deconstrucción y gramatología” (Derrida), le permiten ensanchar las posibilidades de análisis del problema que nos ocupa.

Los escritos del profesor Juan Carlos Pérgolis muestran el desarrollo y fundamento de sus investigaciones en torno a Bogotá, entendida como una ciudad fragmentada. A partir de los conceptos de “lugar”, “no-lugar”, “nodos”, y “redes”, ha emprendido una mirada hacia la lógica que gobierna los espacios y acontecimientos de lo urbano. El concepto de “lugar” ofrecería más pistas para pensar la ciudad antigua; hoy quizás el mismo desarrollo de lo urbano invitaría a pensar en los “no-lugares” como zonas vacías que se llenan de los acontecimientos y deseos con que se expresa el ciudadano. De esta manera gira hacia los usos de la ciudad, hacia una pragmática urbana que desborda las clásicas y aquietadas miradas de la arquitectura y el entorno urbano. El no-lugar no tiene una definición estable, es un acontecimiento variable, un relato fluctuante. Más que alojar significados estáticos aloja las movi- lidades de una narración viva y mutante. El profesor Pérgolis piensa en ciertos lugares de Bogotá oscilando entre la figura del lugar y la figura del no-lugar, entre identidades estables y sentidos inestables. De paso nos conduce a pensar no desde discursos abstractos sino desde relatos vitales cargados de deseos. Deseos que dan movilidad a las redes invocando un azaroso e inesperado cru-

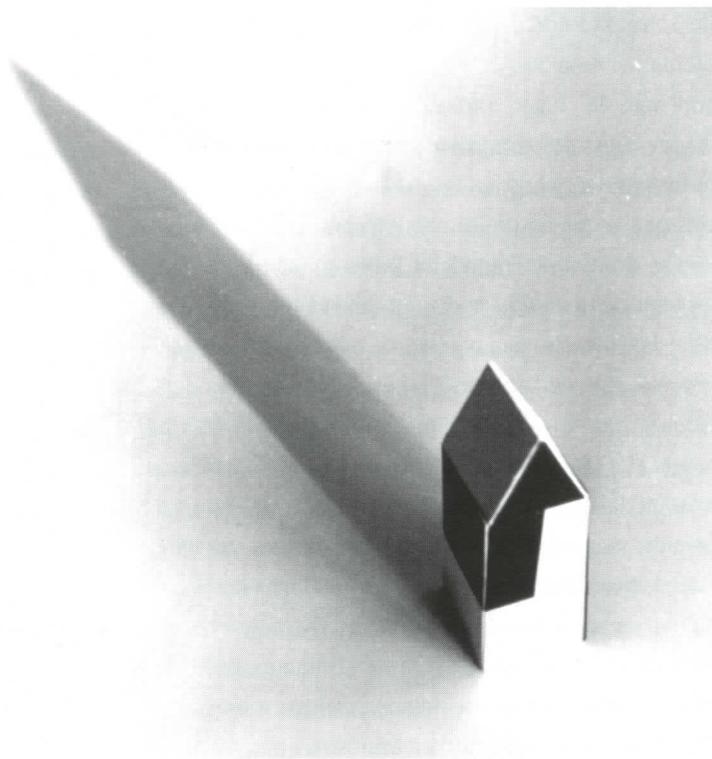
ce entre ellas. Se trata de una mirada menos totalizante y más fragmentaria, obediente a los instantes en los que se hace y deshace el sentido de la vida. Una mirada que desborda los metarrelatos y grandes utopías para ceder la palabra a los relatos y las heterotopías.

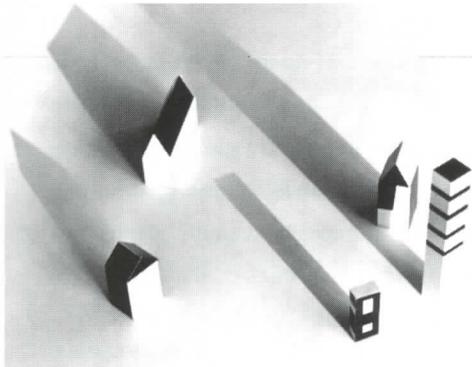
Jesús Martín Barbero, en su artículo “La ciudad: entre medios y miedos”, parte de la necesidad de pensar lo urbano desde la presencia de los medios de comunicación, éstos son constitutivos del tejido social, median la experiencia de la ciudad y las relaciones con el otro. Tal fenómeno se intensifica si consideramos los miedos que nos expulsan del espacio-tiempo físico de la ciudad. Los medios pues sustituyen la calle ayudados por nuestros miedos. En ese contexto se sobredimensiona la información, aunque paradójicamente el sentido tiende a empobrecerse. La reflexión del profesor Barbero se extiende a pensar las formas de socialidad generadas por la moderna ciudad; en ellas se tendería a reorganizar los tiempos y espacios del encuentro social al interior de formas casi que tribales. En ese orden de cosas se impone la identificación grupal sobre las identidades colectivas. La mirada de Jesús Martín, en definitiva, contribuye a redefinir las formas de pensar las relaciones arte-ciudad-medios de comunicación.

Finalmente, el texto del investigador español Javier Maderuelo rastrea el derrumbamiento de la escultura pública como monumento y las alternativas que se han sucedido en los tiempos actuales. A su juicio la obra de arte público se ha perfilado en cuatro direcciones: 1) Obras

que recuperan lo monumental pero sin referencias explícitas e inmediatas. 2) Obras que responden críticamente al concepto de monumento tradicional. 3) Obras conmemorativas pero formalizadas con lenguajes contemporáneos. 4) Obras que renuncian a las formas y significados del monumento clásico para buscar una redefinición del concepto de "arte público".

Confiamos que este grupo de ensayos y artículos brinden al estudioso del arte una materia prima estimulante para reflexionar en torno al lugar y sentido del arte en la ciudad contemporánea.





DESEO Y ESTÉTICA DEL FRAGMENTO EN LA CIUDAD COLOMBIANA

Este resumen del texto realizado para la Katholische Universität Eichstätt, se basa en apartes de la conferencia presentada el año pasado en la Cátedra Unesco de Comunicación Social, en algunos capítulos del libro *Express* y en el material de la investigación en curso en la Universidad Nacional: “Bogotá fragmentada”.

Juan Carlos Pérgolis

La lectura y comprensión de la ciudad colombiana actual a través de su estética fragmentaria surge de dos premisas. La primera se refiere a la confrontación de dos maneras de relacionar las partes con el todo: una, basada en el pensamiento de la Modernidad, ve la relación “todo-partes” como un sistema lineal y cerrado, en el que las partes y la totalidad se explican mutuamente. La otra, enfatiza la independencia de las partes fuera de un pretendido “todo”.

La segunda premisa propone considerar a la ciudad como el escenario para los acontecimientos; es decir, el marco para los “relatos” urbanos que se constituyen cuando la ciudad es capaz de satisfacer un deseo de sus habitantes.

Omar Calabrese llama detallar (*tagliare*=cortar) al modo de relacionar las partes con el todo en un sistema lineal y fragmentar (*frangere*=romper), al que propone la independencia de las partes. Lo detallado es escogido por el suje-

to con la certeza de reconstrucción de la unidad a partir de recortes fácilmente reinsertables.

En lo fragmentado, la irregularidad de los pedazos torna hipotética la reconstitución de la totalidad. Un fragmento puede ser equivalente a otros, un detalle es único y en ello radica su peso discursivo en el sistema que integra, cuyo mejor y más trágico ejemplo es la ciudad actual con su incapacidad para absorber la dinámica del cambio. Una estructura fragmentaria es inestable, en ella importan tanto las partes como los “vacíos” o tensiones que la integran a la red, los “silencios”, en el lenguaje de Lyotard, que dan lugar a las ambigüedades propias de la duda y, consecuentemente, crean una actitud favorable al cambio.

La continuidad de las estructuras espaciales y arquitectónicas fue —desde las fundaciones hasta mediados del siglo xx— el principal rasgo de identidad de las ciudades colombianas, basadas en el espacio público conformado por la secuencia articulada de calles y plazas. En la homogeneidad de la cuadrícula y en la coherencia de la arquitectura que la acompañó hasta inicios de la Modernidad, se dio una correcta relación entre morfología urbana y tipología arquitectónica, con el solo acento de los edificios monumentales, representantes de las fuerzas que daban cohesión a la sociedad.

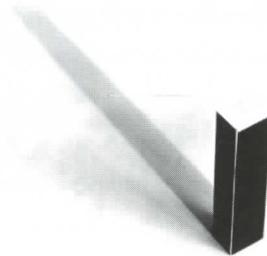
Así se conformaron ciudades compactas y con gran unidad estética. El crecimiento implicó la natural prolonga-

ción de las calles, agrandando la cuadrícula y dejando, cada tanto, el vacío de alguna manzana como parque barrial de los nuevos sectores, que eran asumidos por la comunidad como nuevas áreas urbanas dónde realizar actividades y contactos sociales. Pero siempre, el “centro” mantuvo su significación como el lugar de la ciudad, el ámbito de los encuentros, del poder y del comercio especializado.

La urbanística moderna cortó y organizó a esa ciudad continua, en partes pretendidamente coherentes con el todo. La zonificación funcional ignoró que la ciudad se asemeja más a una red tensional entre fragmentos arbitrarios que a un sistema de partes especializadas que tratan de explicar una totalidad, la que a su vez intenta explicarse a través de esos “detalles”.

Umberto Eco llama “enciclopedia” a la idea de cultura que define un conjunto en el que cada elemento tiene un relación ordenada jerárquicamente con los demás, como un metarrelato o un horizonte general de orden, pero cuando observamos la cultura urbana a través de sus acontecimientos, ese horizonte se pierde y recurrimos solamente a la organización interna del acontecimiento o a su relación inmediata.

Esta observación, cercana al concepto de fragmentación, nos permite la libre



escogencia de un *corpus* de objetos culturales urbanos como elementos comunicables o acontecimientos que valen en sí mismos a la vez que mantienen las pautas que rigen cualquier modelo comunicacional.

Desde esta óptica, se pueden rastrear nexos entre objetos de diferente origen, los que al no tener que explicarse mutuamente y con la totalidad, permiten la búsqueda de sentidos más allá de los significados, y sondear en el “gusto de la época”, concepto que surge de un juicio de valor en el marco de una categoría estética. Así, la observación que hagamos sobre la identidad de la ciudad como lugar de cruce de redes y superposición de fragmentos culturales, no se limita a la descripción de formas significantes sino a la comprensión de los juicios de valor (aceptación o rechazo) que provocan en la sociedad.

Esta aproximación es el paso siguiente al análisis semiótico de la ciudad, que basado en sus elementos físicos determinó la secuencia formas-usos-significaciones, en la cual los usos resultan determinantes tanto de las formas como de las significaciones urbanas. Este acercamiento a través de categorías estéticas, y la intención de acceder a la ciudad a través del “gusto”, rearticulan la relación habitante-ciudad, que en la aproximación anterior era considerada como una linealidad sujeto-objeto. La secuencia planteada ahora se expresa como: formas-juicios estéticos de valor-sentido.

Observando un *corpus* heterogéneo de elementos de la cultura urbana, vemos que las intenciones de detallar y fragmentar conviven en el “espíritu de este-tiempo”, induciendo a la pérdida conceptual de la totalidad. Como ya se dijo, la primera proviene del pensamiento moderno, y su resultado fue una ciudad de sectores especializados, cuya estética se acerca a la Gestalt propuesta por la psicología fenomenológica de la percepción, con sus principios de equivalencia estructural entre las percepciones y significación como resultante de un proceso de descomposición del todo en sus partes.

Por su contemporaneidad, es difícil rastrear el origen de la intención fragmentaria pero la encontramos en el replazo de los grandes sistemas ideológicos por el actual individualismo, que llevó a la sustitución de las utopías colectivas, propias del pensamiento social, por una enorme gama de fantasías individuales sin un hilo rector que las conecte.

También la ciudad de hoy es ejemplo de esta situación: por una parte, la arquitectura trata de explicarse a sí misma mediante juegos de lenguaje y gestos individuales que rompen la ciudad continua. Por otra, los miembros de la comunidad, en su afán por la “salida personal” en medio de inciertas economías nacionales, producen arbitrarios cambios de usos del suelo y ocupación del espacio público, que configuran una ciudad sumatoria de elementos.

Esto exige una nueva actitud ante la lectura urbana, que requiere mirar el espacio desde la estética del fragmento, dando valor a cada elemento en sí mismo ante la automatización del todo, la multiplicidad de imágenes y la falta de una evidente estructura que dificulta la comprensión de cualquier pretendida totalidad.

Pero encontramos fragmentación en todas las escalas y en cualquier *corpus* de objetos culturales que escojamos, desde la pérdida de las instituciones de servicio del Estado, convertidas en entidades privadas, hasta aquellos que parecieran ser más domésticos, como las telenovelas, que basan sus argumentos en la repetición de un mismo fragmento jugando sobre estructuras livianas. En la publicidad comercial en televisión y en los comics vemos a diario el bombardeo de imágenes sueltas, en la primera, y la pérdida de la estructura secuencial de los cuadros-detalle que caracterizaban a los segundos, donde la ruptura de tiempo y espacio da lugar a una nueva intención compositiva: la descomposición...

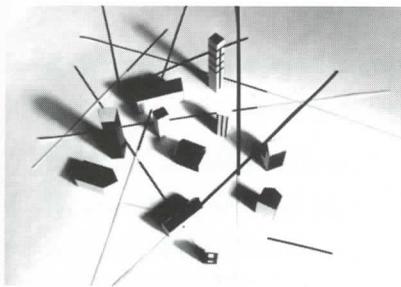
La estética de la ciudad actual parece resultar del más desenfrenado "zapping" (constante cambio de canales de televisión por medio del control remoto), y así como cada quién arma su propio programa juntando velozmente las más dispares imágenes de diferentes emisiones, cada quién arma "su ciudad" escogiendo arbitrariamente entre la multiplicidad de fragmentos que ofrece el paisaje urbano.

Pero la multiplicidad y la independencia de estos fragmentos que muestra la ciudad, no bastan para configurar la nueva estética. Esos aspectos se complementan con la capacidad del observador para enfatizar los silencios, los vacíos y las tensiones en contra de la tradicional concepción estática de las masas.

Aunque nuestra formación ligada al pensamiento clásico y su articulación con la Modernidad nos lleve a comprender con más facilidad lo estático que lo dinámico, la masa y no la tensión, la materia y no la energía, el sujeto y el objeto y no la relación tensional entre ambos.

Una de esas tensiones es el deseo, ese impulso hacia lo otro, hacia algo que falta en uno mismo aunque está presente en forma de ausencia o tensión que expresa la huella del faltante.

Por esa incapacidad para entender las tensiones (incluyendo el deseo), el funcionalismo y la urbanística moderna no pudieron ofrecer soluciones a la ciudad tradicional. Las dicotomías en que basaron su reflexión: "ciudad-campo" y "centro-periferia" organizaron jerárquicamente las relaciones de vecindad, pero hoy es innegable que esas relaciones están siendo remplazadas por otro tipo de vecindades consecuentes con la pertenencia de los habitantes a diferentes redes de comunicación e información: académicos de distintos países que comparten una misma red o financieristas interconectados con centros y bolsas extranjeras podrían



hablar de cercanías mayores con estas terminales que con sus propios vecinos. Éste y otros ejemplos relativos a la tecnología de las co-

municaciones evidencian que la forma representada por un espacio central aglomerado era sólo una imagen del funcionamiento de la ciudad moderna.

Se puede intuir que ese tipo de esquema urbano está siendo superado por los hechos: existe una tendencia a la dispersión del asentamiento y a la baja densidad poblacional. Esto significa la conformación de fragmentos funcionalmente arbitrarios, de límites imprecisos, con sus habitantes incorporados a distintas redes y con una imagen que no configura una identidad urbana específica; también el sentido de ciudadanía muestra signos de disolución.

Así aparece la pérdida del tradicional sistema urbano jerarquizado, dando lugar a una red interconexa basada en los diferentes tipos de información y comunicación, en la que no se puede individualizar un centro en el sentido físico-espacial o hacer coincidir esa centralidad con determinadas actividades que aparecen dispersas en los nodos de la red, de acuerdo con sus diferentes especialidades. Por su inserción en distintas escalas y por la diversidad de redes a las que pertenece, el comportamiento de

estos nodos es impredecible, y se aproxima a la idea de “estructuras inestables” que plantea la Teoría del Caos.

Esta situación reevalúa los modos de estructuración tradicionales, basados en jerarquías territoriales, distancias físicas, centralidad y homogeneidad regional. Ya no son válidos los métodos de la planificación urbana a escala macro, y resultan aplicables los modelos livianos como la autoorganización y la intervención puntual, que rompen con los metarrelatos del urbanismo o de la cultura, a partir de los cuales se intentaba deducir linealmente los sucesos urbanos.

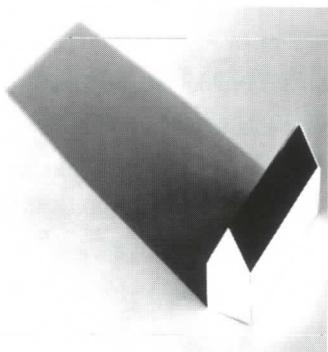
Así, el primer elemento de significación urbana, la trama, que estructurada en calles y plazas (espacios para el recorrido y para la permanencia) definía las manzanas, se pierde por la previa desaparición de su referente signifi- cacional, la cotinuidad.

La edilicia de vivienda, que daba la textura del asentamiento y los edificios singulares, pierden su carácter de elementos de significación en la nueva ciudad fragmentada y dispersa en extensos territorios. Ahora la arquitectura se convierte en el envoltorio de la velocidad; esto implica aproximarse a ella más desde el lado de las tensiones entre las masas que desde las masas mismas, como fue enfatizado por la Modernidad. La observación debiera realizarse desde la geometría fractal y el énfasis en los vacíos, porque en la volatilización provocada por la velocidad, la arquitectura cristaliza la masa y se convierte en la

puesta en escena para los diferentes momentos que constituyen los acontecimientos.

Observemos dos nuevos escenarios que conforman nuevos tipos arquitectónicos y urbanísticos en la actual ciudad colombiana y de gran aceptación en el gusto de las distintas clases socioeconómicas: el centro comercial, o “mall” y el conjunto cerrado de viviendas localizado en la periferia. Ambos expresan la particularidad del espacio público urbano (tradicional base morfológica de la ciudad) y permiten entender el pensamiento fragmentario del ciudadano en el marco de un territorio también fragmentado.

La plaza fue la parte-detalle que explicaba el todo-ciudad. Constituía su punto de origen, daba la orientación en cada asentamiento y focalizaba la zona de mayor jerarquía urbana. Hoy, muchos analistas comparan el centro comercial con la plaza, por su condición de lugar de permanencia y encuentro. Pero estos espacios no corresponden solamente a la idea de plaza; ir al “mall” es meterse en un mundo construido



a partir del gusto estético actual, un escenario que satisface deseos y concreta los relatos de la ciudad de hoy. De allí surge su importancia como fragmento con sentido en el nuevo espacio urbano, aunque

se trate de un ámbito extraterritorial que no es parte de la ciudad ni permite referencias cercanas.

El centro comercial se cierra al exterior, es como una cápsula o “container” caído del cielo, que puede estar en una manzana de la trama o en un descampado periférico en cercanías de alguna concurrida autopista, pero en su interior todos ellos son muy parecidos. La ciudad exterior ya no existe para el ciudadano de Bogotá que bien podría estar en La Défense, Medellín o Cali, que se puede sentir como en Miami o Houston... A diferencia de la plaza, el “mall” no busca explicar el “centro” como parte de la ciudad puesto que él mismo pretende ser un centro, desconectado y ajeno a una ciudad que no lo necesita, ya que como fragmento, vale por sí mismo.

Construido con la rapidez que exige el mercado, bajo la idea de un macroproyecto cerrado y univalente, el centro comercial se convierte en un objeto-monumento hacia afuera y en una cápsula-confort idéntica a todas las de su especie, en su interior. No es el nuevo centro de la ciudad sino uno de los nuevos centros de la gran extensión territorial urbana. Allí no hay viviendas, porque ya no se vive en la ciudad sino en las “afueras”, en los extensos asentamientos en proceso de consolidación de los migrantes rurales y los sectores más pobres o en la fantasía verde de los conjuntos de las clases altas.

En el “mall” tampoco hay espacios para el poder o para el culto. Al nuevo “centro” de la ciudad no van las institu-

ciones gubernamentales y el único poder que se manifiesta es el del consumo, clara expresión de un momento en que los Estados Nacionales se reducen y pierden presencia bajo la "privatización" que los atomiza en fragmentos de capital e identidad nacional o extranjera. El paradigma del Estado de Servicio que identificó a los países de América Latina hasta hace unos años fue cambiado por logotipos y slogans lejanos que sugieren el bienestar y los servicios de otras latitudes; su espacialidad en la ciudad no importa, ya que solamente son puntos en las pantallas de múltiples redes.

También el culto católico que caracterizó a América Latina e identificó a sus ciudades con las torres de las iglesias frente a las plazas, muestra fracturas a través de las múltiples sectas de reciente aparición, que celebran sus reuniones en los viejos cines (reemplazados por microcines en los centros comerciales y por "videotiendas"), o en las frecuencias de la radio.

En la fragmentada estética del nuevo mundo mágico urbano no cabe todo: esencias florales, regresiones, santos y vírgenes, talismanes e interpretaciones bíblicas, una red complejísima donde nada se expresa espacialmente con una identidad propia. Una vez más podemos observar que el significado surge de la red y el sentido aparece en forma aleatoria en algunos nodos de la misma, donde cada quien configura su propio relato...

Tampoco la política va al centro comercial; esa actividad que se expresó en las plazas públicas ahora tiene su

tribuna en la seguridad de la televisión, que lleva la imagen del candidato a un público mucho mayor que el que cabría en la plaza más grande.

En párrafos anteriores se señaló que la baja densidad poblacional sobre grandes áreas del territorio parece ser el futuro de la ciudad en Colombia. Esto sugiere el paso de las concentradas manchas urbanas a las grandes y tenues extensiones, en las que se desarrolla un modo de vida basado en una red de relaciones sociales y espaciales muy diferentes a las de la ciudad tradicional y aun a las de la ciudad moderna.

Esta nueva red implica también el paso de la estética de la utopía a la de la fantasía (o heterotopía del fragmento) atendiendo a la diversidad de escenarios que se presentan en la gaseosa extensión de una ciudad conformada sobre estructuras inestables y al notable individualismo que caracteriza al mundo actual. Una ciudad futura sin utopías, para una sociedad que reemplazó el pensamiento social (con su contenido utópico) por la búsqueda de un bienestar individual inmediato (satisfacción de la fantasía).

La utopía es moral, la fantasía no necesita serlo, ya que como resultante del pensamiento individual no requiere el consenso colectivo que determine lo que es o no moral; esto explica también la preeminencia actual de los juicios estéticos sobre los éticos. Vista así, la fantasía fragmenta el "todo-social" y quizás, así haya sido manejada a través de las imágenes de bienestar sugeridas por el consumo como parte de un programa que busca satisfacer

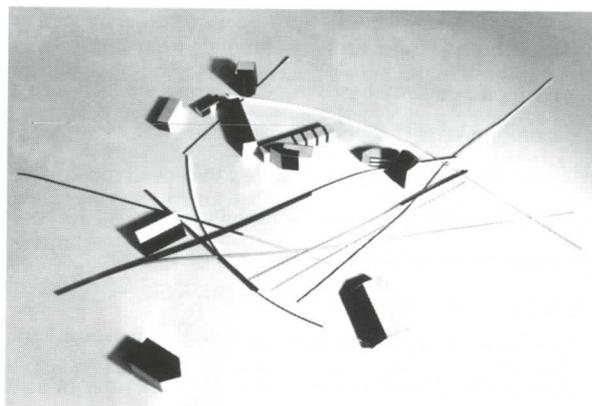
la necesidad de cambio a nivel individual para que en lo colectivo nada cambie.

La fantasía individualista encuentra su mejor expresión en los “conjuntos cerrados de viviendas”, la nueva tipología arquitectónica, base del crecimiento periférico de la ciudad en su camino hacia la futura gran mancha de baja densidad. La idea de estos conjuntos no es nueva: tiene sus orígenes en las agrupaciones habitacionales del Movimiento Moderno, y más atrás en las colonias para gremios o en la Ciudad Jardín de Howard. Pero lo que sí es nuevo en el planteamiento, es su carácter cerrado y su aislamiento de la trama urbana.

Desde el punto de vista de la ciudad tradicional, estos conjuntos son propuestas antiurbanas, no sólo por la estética anárquica que proponen sino por la ausencia de intenciones colectivas que manifiestan. Allí van a vivir los individuos, no la comunidad como un todo social, y aunque fuera, no tendría ni dónde ni cómo expresarse, ya que los nuevos sectores que se conforman con este tipo de agrupaciones no son “partes de la ciudad”, porque no existió la voluntad de serlo desde la concepción misma del proyecto; son soluciones individuales para ciudadanos sin ciudad, vecinos que perdieron el sentido de ciudadanía y se encierran en sectores seguros, controlados por vigilancias privadas, impidiéndose mutuamente el paso, temerosos de que los invada la ciudad, ese ente abstracto y lleno de extraños que puede perturbar la idílica paz de sus Isla de la Fantasía.

Seguridad y verde son los primeros elementos que maneja la publicidad en su oferta de este tipo de viviendas; aunque en ambos aspectos subyacen las ideas individualistas de la solución personal, la no-ciudad y la comunidad atomizada. Significativamente, otro elemento que señala la publicidad es la conexión del conjunto a algún sistema de antena parabólica con canales internacionales de televisión.

La estética resultante de esta tipología de viviendas se conjuga con la del centro comercial: la enorme y tenue extensión urbana se estructura a modo de racimos arbitrarios, con una imagen homogénea y monótona en la cual los sectores cerrados de viviendas desembocan por medio de vías menores en las grandes arterias de circulación. La calle, el ámbito del paseo y del encuentro social, se convierte en la vía vehicular y a su vera, las cápsulas de los centros comerciales recrean el lugar de encuentro de los



ciudadanos sin ciudad, porque lo público ha sido reemplazado por lo privado y lo colectivo por lo individual.

Pero dos aspectos sugieren el choque entre esta nueva ciudad de fragmentos y la ciudad tradicional: uno, es la aparición espontánea de estructuras continuas, a modo de barrios populares con vivienda, servicios y comercio diario, en los intersticios entre los conjuntos cerrados. Estos barrios, abiertos y continuos, van envolviendo con una textura menor a los islotes cerrados y crean la doble imagen de la actual ciudad: sectores segregados y ciudad popular, último reducto de la ciudad tradicional con una comunidad integrada.

El segundo aspecto surge de algunos rasgos formales de las nuevas tipologías. El centro comercial intenta la fórmula de la calle convencional, como en el antiguo paseo urbano, y el conjunto de viviendas recrea la imagen de la plaza como sitio de encuentro de la comunidad, aunque en muchos casos se trate de simples estacionamientos para automóviles rodeados de edificios.

A diferencia de un sistema, que se expresa a través de pasos jerárquicos, una red es homogénea; de este modo, como hilos anudados en una trama monótona, cada una de las diferentes redes que conforman la ciudad a través de los vínculos con sus habitantes, se superponen arbitrariamente y sin jerarquías. El tejido urbano se encamina hacia la estética de la monotonía aproximándose a la imagen de un laberinto por repetición de elementos, como el planteado por Borges

en La Biblioteca de Babel, donde se sale de un ambiente para entrar a otro exactamente igual en un continuo eterno.

Esto muestra que nunca como hoy, se le exigió al ciudadano una interacción tan intensa con su territorio para encontrar elementos de identidad y de orientación. Por ello, la nueva estética debe ser comprendida desde la búsqueda de sentidos y no de significados, ya que éstos son inherentes a las formas, y para acceder a la estética del laberinto las señales deben ser aportadas por el sujeto, haciendo coincidir algunas imágenes espaciales con los nodos de las redes a las cuales pertenece.

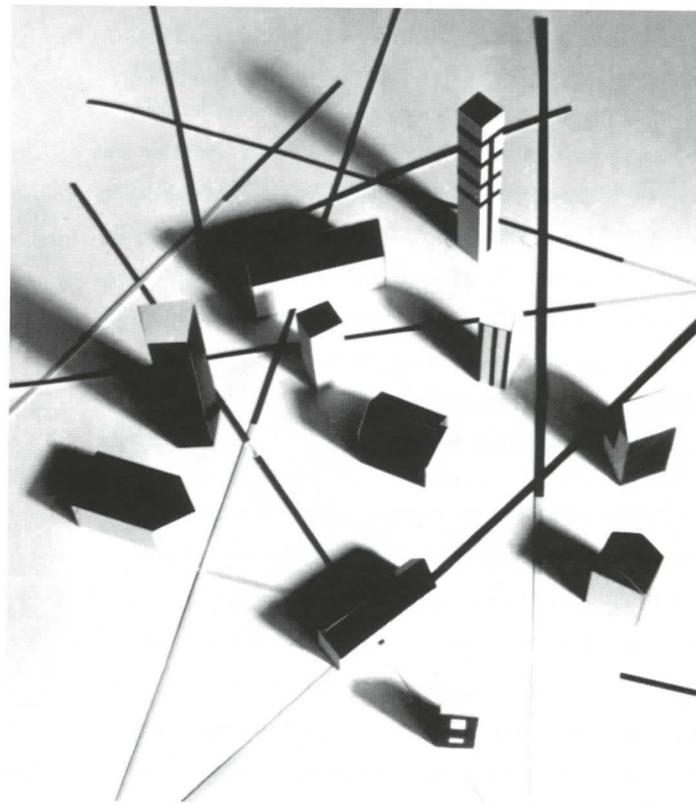
La red afectiva que el observador teja, dará la primera identidad a determinados nodos, que son de él y de la ciudad, porque son puntos donde sujeto y objeto se encuentran en la emoción que genera algún acontecimiento, ya no algún rasgo físico del espacio urbano. Así, la ciudad pasa a ser el escenario para los acontecimientos, que dan sentido o no-sentido, en tanto dicho acontecimiento satisfaga o no un deseo en el habitante.

El nodo es un punto de conexión entre el ciudadano y el territorio; allí, ambos son emisores y receptores a la vez porque en el nodo todo confluye y todo se dispersa; su papel en las redes urbanas es el de un punto topológico, muy similar al de un nudo en una trama textil.

A partir del nodo se genera una red local, cuya expresión física no importa tanto como la identidad que permite su carga

emocional en el ciudadano, ya que con el desarrollo de las tecnologías de las comunicaciones, una red local puede estar dispersa territorialmente pero siempre estará concentrada afectivamente. La idea de "localidad" se conforma en el habitante a partir de los acontecimientos que inciden en su mundo emocional.

A la ciudad colombiana del futuro habrá que verla más desde la óptica de los escritores que desde la de los urbanistas, porque con su capacidad para visualizar los relatos, la literatura nos mostró el camino para entender la estética urbana desde la narración del acontecimiento que da sentido a la ciudad en tanto satisface deseos de sus habitantes y permite introducirnos en esa manera de ver el mundo con la levedad que se crea –como señala Calvino– con los medios lingüísticos del poeta, asumiendo el paso de la utopía de la totalidad a la heterotopía del fragmento.





FUNDACIÓN UNIVERSIDAD DE BOGOTÁ
JORGE TADEO LOZANO